



# Maestros de ayer, de hoy... y mañana

Por **LILIAN KNIGHT ÁLVAREZ**

**P**RÓXIMOS a la jornada de homenaje al educador se escucha a padres, alumnos y maestros valorar el devenir de nuestra enseñanza y no puedo sino remitirme a mi propia experiencia como estudiante y a la realidad que me circunda.

Maestros de ayer, como mis abuelos, protagonizaron una de las páginas más altruistas de nuestra Revolución: la Campaña Nacional de Alfabetización, en 1961. Entonces, niños y jóvenes asumieron la tarea de llevar al campesinado y a las personas pobres de las ciudades y pueblos los conocimientos básicos que el sistema capitalista les había negado.

Pero, como me dijo mi abuela, más allá de enseñarlos a leer y escribir, el trabajo de cada alfabetizador mostró el carácter humanista y desinteresado de la nueva Revolución en el poder, que pretendía abrir las oportunidades a todos sin distinción.

De modo que el magisterio revolucionario, que incluía el legado de fundadores de la nación como José Agustín Caballero, Félix Varela y José de la Luz y Caballero, se volvió símbolo de un país que aspiraba a la cultura y a la educación integral del hombre, por encima de la mera instrucción.

El respeto acompañaba al educador, quien gracias a su rectitud, exigencia, estricto sentido del deber –y quizás, también a veces excesiva severidad– logró permanecer en el recuerdo y en el corazón de cada uno de sus estudiantes. Pero, el hombre no vive solo de sueños y, en los años difíciles del llamado período especial, la crisis económica y su trasunto social pusieron en riesgo hasta esa gran conquista que sigue siendo nuestra Educación.

Poco a poco la labor de enseñar quedó rezagada, desfavorecida, en ciertos sentidos, y comenzó la batalla para conservar la cantidad y calidad de educadores a que estábamos acostumbrados frente a las aulas.

Maestros migraron hacia el turismo, el trabajo privado y otros sectores y actividades que les proporcionaran mayores ingresos, aunque siempre hubo quienes mayoritariamente, pese a todo, se mantuvieron fieles a su vocación y a la noble misión de educar.

De esos “aferrados” puedo dar fe, pues aunque nací en pleno período especial tuve la dicha de tener educadores jóvenes y no tan jóvenes, preparados y dispuestos a aportar los conocimientos esenciales y también prepararnos para la vida.

Pocos años han pasado desde que salí de las aulas y sumo a mis vivencias las de familiares menores que yo, las de mis profesores que aún ejercen, y las de maestros que he conocido, quienes se preocupan y tratan de hacer su parte para solucionar lo que algunos llaman crisis de valores.

Entre otros escenarios, para lograr la promoción del estudiante muchas veces obliga al profesor a forzar al alumno a que estudie y apruebe, a pesar de que este, principal responsable de su aprendizaje, no muestre el mayor interés, ni tampoco la familia.

Los métodos arcaicos de castigo y cualquier forma de maltrato hacia los alumnos hoy no se conciben, lo que está muy bien. Pero en ocasiones, en cambio, los docentes enfrentan irrespeto de sus educandos y hasta violencia verbal de algún que otro padre, madre u otro familiar. Casos de violencia extrema se han dado, como los del preuniversitario Eduardo García, de Cienfuegos, y el politécnico de La Lisa, abordados en nuestra prensa, que no por muy excepcionales, en un país como Cuba, dejan de preocupar.

Torceduras éticas, influidas en parte por déficits salariales y de los propios maestros, han hecho también lo suyo. Al cobro de repasos –común ya en todos los niveles de enseñanza– se añaden ostentosos regalos de algunos padres y compras de pruebas, en algún momento.

¿Quiénes serán los maestros de mañana? ¿Qué les deparará la tradicionalmente prestigiosa escuela cubana a los hijos de los padres y madres de mi generación? Prestigiar a los educadores es hoy un imperativo, así como formar en esa profesión a lo mejor de nuestras escuelas. Para ello son esenciales la implicación de la familia en la formación de sus hijos.

El III Perfeccionamiento del Sistema Nacional de Enseñanza también está llamado a reconfigurar los contenidos y modos de hacer en la educación cubana; con ese propósito nuestras escuelas deben brindar a los estudiantes conocimientos básicos sobre las nuevas tecnologías de la información, las comunicaciones e idiomas, a fin de que sean profesionales acorde al desarrollo mundial y que incidan en el crecimiento del país.

Para mantener nuestra mayor conquista, y vivo y saludable el ideal de educar; para perpetuar la admiración hacia nuestros educadores, apremia por parte de todos, aunque no por manida la frase no indique lo que es imprescindible: dignificar aún más la profesión de enseñar.